

noche, á la primavera y al estío... ni indican sólo al labrador la época de la siembra y de la recolección. También los actos humanos son una semilla de los sucesos, esparcida en el terreno oscuro de lo porvenir, entregada, llena de esperanzas, al poder del azar. Necesario es, por tanto, conocer cuándo llega el período de la sementera, y la hora crítica señalada por los astros, inquirirla en los signos del Zodiaco, para que el enemigo de su prosperidad y desarrollo no se oculte en sus rincones. Dejádme, pues, el tiempo. Vosotros haced lo que os corresponde. Aun no puedo decir ahora lo que intento; pero no cederé. No; yo no. Tampoco llegarán hasta el extremo de depónerme... Tened, por tanto, confianza...

UN AYUDA DE CÁMARA. (Que entra.)—Los señores generales.

WALLENSTEIN.—Que entren.

TERZKY.—¿Quieres que todos pasen?

WALLENSTEIN.—No es indispensable. Los dos Piccolomini, Maradas, Butler, Forgatsch, Deodato, Caraffa é Isolani pueden entrar. (Sale Terzky con el ayuda de cámara.)

WALLENSTEIN. (A Illo.)—¿Has hecho espíar á Quenstenberg? ¿No ha hablado con ninguno en secreto?

ILLO.—Lo he observado sin descanso. No ha hablado más que con Octavio.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—QUESTENBERG, los dos PICCOLOMINI, BUTLER, ISOLANI, MARADAS, y otros tres generales que entran. A una señal de Wallenstein, Questenberg toma asiento enfrente de él, y los otros después, según su categoría. Por un instante reina profundo silencio.

WALLENSTEIN.—A la verdad, he oído ya el objeto de vuestra misión, oh Questenberg, y he meditado acerca de ella. Mi resolución está tomada, y no pienso mudarla. Conviene, sin embargo, que los generales escuchen de vuestros labios cuál es la voluntad del Emperador. Dignaos, por consiguiente, exponerla ante estos nobles jefes.

QUESTENBERG.—Pronto estoy; pero os suplico que tengáis en cuenta que no es mi osadía la que habla, sino el poder soberano y la dignidad imperial.

WALLENSTEIN.—Suprimid el exordio.

QUESTENBERG.—Cuando S. M. el Emperador nombró generalísimo de su valeroso ejército al Duque de Friedlandia, coronado de gloria y peritísimo en el arte de la guerra, lo hizo en la deseada seguridad de que la fortuna de las armas se trocara rápida y favorablemente. Todo ocurrió al principio conforme á sus deseos, porque Bohemia se vió libre de sajones, sin miedo ya á las victorias de los suecos... y estos países respiraron con holgura, cuando el Duque obligó á las tropas enemigas, dispersas en toda la Alemania, á reunirse en un solo punto, y al Ringrave, Bernardo Barner, Oxenstiern y hasta al mismo Rey, nunca vencido, á decidir la contienda en la terrible y sangrienta batalla de Nuremberg.

WALLENSTEIN.—Al grano, si os parece.

QUESTENBERG.—El nuevo Generalísimo infundió en todo nuevo espíritu. No ya la ira ciega peleaba con otra ira aun más ciega, porque en lid, no confusa, se observó que la firmeza se oponía á la osadía, y que la prudencia cansaba á la bravura. En vano se le provocaba á la pelea; él se fortificaba más y más en sus posiciones, como si hubiese de permanecer en ellas perpetuamente. Al fin, desesperado el Rey, quiso dar el asalto, y arrastró á sus huestes á la batalla, diezmadas por el hambre y por la peste, y muriendo lentamente en un campamento lleno de cadáveres. Rompiendo por las trincheras, detrás de las cuales millares de cañones vomitan la muerte, intenta el Invencible abrirse paso á la fuerza. Entonces hubo un ataque y una defensa como jamás vieron los hombres. Al cabo, el Rey se llevó sus tropas destrozadas del teatro de la lucha, sin haber ganado un palmo de terreno, después de sacrificar tantas víctimas.

WALLENSTEIN.—Omitid, si os place, esas narraciones de gaceta, puesto que nosotros asistimos horrorizados á los hechos que contáis.

QUESTENBERG.—El objeto de mi misión, el motivo en que se funda, es la censura, pero mi corazón se regocija dilatándose en larga alabanza. En el campamento de Nuremberg dejó el Monarca sueco su gloria, y su vida en las llanuras de Lützen. Pero ¿á quién no sorprende que el Duque de Friedlandia, después de jornada tan famosa, huyese como vencido hacia Bohemia, desapareciendo del teatro de la guerra, mientras el joven héroe de Weimar penetraba sin resistencia en la Franconia, abriéndose paso hasta el Danubio, y presentándose de improviso en Ratisbona con grande horror de todos los buenos católicos? Entonces el benemérito Príncipe de Baviera, en el más amargo trance, pide pronta ayuda, y envía el Emperador

al Duque siete correos á caballo, rogándole que lo socorra, cuando podía ordenárselo como su soberano; ¡siempre inútilmente! El Duque, en tan supremo instante, obedece tan solo á su rencor y antiguo odio, y sacrifica el bien común al placer de vengarse de un inveterado enemigo. ¡Y por esta causa sucumbe Ratisbona!

WALLENSTEIN.—¿De qué tiempo se habla, Maximiliano? Yo no me acuerdo de esto.

MAXIMILIANO.—Alude á la época en que estábamos en Silesia.

WALLENSTEIN.—¡Ya, ya sé! Y ¿qué nos proponíamos hacer allí?

MAXIMILIANO.—Expulsar á sajones y suecos.

WALLENSTEIN.—¿Es verdad! Olvidaba toda la guerra al escuchar esa relación. (A Questenberg.) Podéis continuar.

QUESTENBERG.—Quizás se hubiese podido obtener á orillas del Oder lo que tan vergonzosamente se había perdido en las del Danubio. Esperábanse maravillas por esta parte, puesto que mandaba allí en persona el Duque de Friedlandia, el único rival de Gustavo... habiendo de pelear con un Thurn y con un Arnheim. Y, en efecto, acercáronse uno á otro pero como amigos, como huéspedes. La Alemania entera suspiraba bajo el peso de la guerra, pero la paz reinaba en el campamento del Duque.

WALLENSTEIN.—Algunas batallas sangrientas no han tenido otro objeto, que adornar con los laureles de la victoria á un general joven. La ventaja que tiene á su favor un capitán veterano, es la de no estar obligado á pelear para probar al mundo que sabe el arte de vencer á su enemigo. De poco me servía emplear mi buena fortuna contra un Arnheim. Mi moderación era mucho más útil á Alemania, si hubiese logrado, como deseaba, romper la perjudicial alianza de sajones y suecos.

QUESTENBERG.—Pero no lo conseguisteis, y de aquí que

comenzara de nuevo la encarnizada pelea. Entonces justificó otra vez el Príncipe su antiguo renombre. El ejército sueco hubo de deponer las armas en Steinau, vencido sin batallar... Y entonces, entre otros, la justicia de Dios nos entregó al antiguo promovedor de esta contienda, á la antorcha maldita del cielo de esta guerra, á Matias Thurn, para que sufriera el castigo merecido... Pero cayó en manos generosas, recibió premio en vez de pena, y el Príncipe despidió, cargado de dones, al enemigo mortal de su Emperador.

WALLENSTEIN. (Sonriéndose.)—Sé, sé... que en Viena se habían alquilado ventanas y balcones para verle pasar en la carreta de los condenados á muerte... Podría haber perdido vergonzosamente la batalla, pero no se me perdona en Viena el haberla privado de este espectáculo.

QUESTENBERG.—Libre estaba la Silesia, y todo llamaba al Duque á la oprimida Baviera. Púsose, en efecto, en marcha... y con el mayor sosiego atravesó la Bohemia por el camino más largo. Sin embargo, antes de haber encontrado al enemigo, se vuelve rápidamente, toma sus cuarteles de invierno, y agobia con el ejército del Emperador el territorio imperial.

WALLENSTEIN.—Encontrábase el ejército en la situación más deplorable, víctima de todas las necesidades y de todos los males... y el invierno se acercaba. ¿Qué idea se ha formado el Emperador de sus tropas? ¿No somos hombres nosotros? ¿No sentimos el frío y la humedad, y estamos sujetos, como mortales, á todas las flaquezas humanas? ¡Triste suerte la del soldado! Si se acerca, se huye de él; si se retira, se le maldice. Ha de tomarlo todo por sí; nada se le da, y obligado cada día á agenciarse lo que necesita, sólo sirve de espantajo. Pero aquí están mis generales Caraffa, Conde Deodati, Butler, decidle cuántas pagas se adeudan á las tropas.

BUTLER.—Hace un año que no nos pagan.

WALLENSTEIN.—Es preciso dar su sueldo al soldado, porque así lo dice su nombre.

QUESTENBERG.—Muy distinto es esto de lo que el Príncipe decía hace ocho ó nueve años.

WALLENSTEIN.—Sí, mía es la culpa, lo sé bien, porque he enseñado malas costumbres al Emperador. ¡Indudablemente! Nueve años hace, cuando la guerra con los daneses, que organicé para el servicio de S. M. un ejército de cuarenta ó cincuenta mil hombres, que no le costaban nada de su tesoro... La furia de la guerra se desencadenó en el círculo de Sajonia, y llevó hasta las márgenes del Belt el nombre del Emperador. ¡Pero aquel tiempo era otro! En todos los estados del Imperio, ningún nombre tan honrado y celebrado como el mío, y Alberto Wallenstein era la tercera joya de la corona imperial. Pero en la Dieta de los Príncipes, en Ratisnona, todo esto desapareció. Entonces se hizo público y notorio de qué bolsa había yo saeado el dinero. Y ¿cuál fué mi recompensa, cuando yo, fiel servidor de los Príncipes, cargué sobre mi con la maldición de los pueblos... y los Príncipes hubieron de pagar esta guerra, que sólo había engrandecido al Emperador? ¿Cuál? Yo fui sacrificado á sus quejas... y al fin depuesto.

QUESTENBERG.—Vuecencia sabe perfectamente cuánta libertad hubo de faltarle en esa Dieta desdichada.

WALLENSTEIN.—¡Muerte y condenación! Yo disponía de medios suficientes para darle esa libertad... No, señor; desde que tan mal me fué por haber servido al trono á costa del Imperio, he cambiado de opinión en cuanto al último. Indudablemente me ha dado el Emperador este bastón de mando. Lo llevo como general del Imperio en beneficio de todos, para procurar el bien común, no ya para la ventaja de uno solo. Al grano, pues. ¿Qué es lo que se pretende de mí?

QUESTENBERG.—Lo primero que desea S. M., es que el ejército deje á Bohemia sin tardanza.

WALLENSTEIN.—¿En la presente estación del año? Y ¿á dónde se quiere que vayamos?

QUESTENBERG.—En busca del enemigo. S. M. desea también que, antes de Pascuas, Ratisbona se vea libre de sus invasores, para que en su catedral no prediquen los luteranos; que los murmullos de la herejía no manchen el lustre de fiesta tan solemne.

WALLENSTEIN.—¿Es esto posible, generales?

ILLO.—¡Imposible!

BUTLER.—No puede ser.

QUESTENBERG.—El Emperador ha dado orden al coronel Suiz de marchar hacia Baviera.

WALLENSTEIN.—Y ¿qué ha hecho Suiz?

QUESTENBERG.—Su deber, marchar.

WALLENSTEIN.—¿Cómo? Y yo, su jefe, le ordené expresamente no moverse de las posiciones que ocupaba? ¿No depende de mí? ¿Tal es la obediencia que se me debe, y sin la cual no hay que pensar en la guerra? ¿Sed vosotros jueces, mis generales! ¿Qué pena merece el oficial que, faltando á su juramento, quebranta las órdenes de sus superiores?

ILLO.—¡La muerte!

WALLENSTEIN. (Levantando la voz, al observar que los demás callan pensativos.)—¿Qué merece, conde Piccolomini?

MAXIMILIANO. (Después de una larga pausa.)—Con arreglo á la letra de la Ordenanza, la muerte.

ISOLANI.—¡La muerte!

BUTLER.—La muerte, según el derecho militar.

(Questenberg se levanta, luego Wallenstein, y después todos los demás.)

WALLENSTEIN.—¡La ley lo condena, pues, no yo! Y si yo le perdono, es por la consideración debida á mi Emperador.

QUESTENBERG.—Siendo así, nada más tengo que decir.

WALLENSTEIN.—Yo acepté el mando sólo con ciertas condiciones. La primera, que nadie, ni aun el mismo Emperador, podría mandar en el ejército con perjuicio mío. Si yo aventuro en este cargo mi honor y mi cabeza, yo debo ser dueño de mis acciones. ¿Cuál es la causa de que ese Gustavo haya sido irresistible y siempre victorioso? El ser rey en su ejército. Un rey, por tanto, un rey, que lo es efectivamente, sólo por otro rey, igual suyo, puede ser vencido... Sin embargo, al asunto. Lo mejor falta todavía.

QUESTENBERG.—El cardenal Infante saldrá en la primavera de Milán, y con un ejército español atravesará la Alemania hacia los Países-Bajos. Y, para que camine seguro, quiere S. M. que le acompañen ocho regimientos de caballería de estas tropas.

WALLENSTEIN.—Pienso, pienso.. Ocho regimientos... ¡Bien, bien discurrido, Padre Lamormain! Si esta idea no revelase la peor intención, se inclinaria cualquiera á creer que había de calificarse de estúpida. ¡Ocho mil caballos! Sí, sí! está bien; ya lo veo venir.

QUESTENBERG.—Ningún misterio hay en eso escondido. Lo aconseja la prudencia, la necesidad lo exige.

WALLENSTEIN.—¿Cómo, señor enviado? ¿No he de comprender que están ya hartos de ver en mis manos el poder y su afilada cuchilla, que se aprovecha con ánsia este pretexto, y se utiliza el nombre español para disminuir mis tropas, y para introducir en el Imperio otros elementos de fuerza que no me obedecen? Soy todavía demasiado poderoso para que se prescindiera de mí por completo. Mi contrato reza que han de estar bajo mis órdenes todos los ejércitos imperiales, en todo el territorio en que se hable el alemán. Nada expresa relativo á tropas españolas é infantes, que han de viajar por él como huéspedes... Así, en silencio, y olvidando tales compromisos, se me debilita

poco á poco, después se me reduce á la impotencia, hasta formarme un proceso más breve... ¿Para qué tantos rodeos, señor Ministro? Lo mejor es el camino derecho. Fatiga ya al Emperador el pacto celebrado conmigo. Le agradaría que yo lo quebrantase. Quiero, pues, complacerlo; era negocio resuelto antes que vinieseis. (Nótase un movimiento entre los generales, que va siempre creciendo.) Lo siento por mis jefes. No sé cómo se reintegrarán de los gastos ya hechos, ni cómo obtendrán su merecida recompensa. Un nuevo generalísimo trae hombres también nuevos, y los servicios antiguos envejecen pronto. Hay en el ejército muchos extranjeros, porque yo no pregunto su genealogía al valiente y al experto. Tampoco le pregunto cuál es su catecismo. ¡No será así en adelante! Pero... esto no me importa. (Se sienta.)

MAXIMILIANO.—¡Librenos Dios de llegar á ese extremo!.. El ejército entero, al saberlo, se levantará lleno de ira... Se abusa del Emperador, pero eso es imposible.

ISOLANI.—No puede ser, porque todo se vendría abajo hecho pedazos.

WALLENSTEIN.—Así será, fiel Isolani. El edificio construido por nosotros con tanto cuidado, se convertirá en un montón de ruinas. Sin embargo, no faltará otro general ni otro ejército en favor del Emperador, cuando el tambor suene.

MAXIMILIANO. (Preocupado, yendo apasionadamente de uno á otro, é intentando aplacarlos.) ¡Escuchadme, mi general! ¡Oídme, capitanes! Aplacaos por Dios, digno Príncipe! No resolved nada hasta que celebremos un consejo, y expongamos todos nuestra opinión... Venid, amigos míos. Espero que todavía es tiempo de arreglar esto.

TERZKY.—¡Venid, venid! En la antesala encontraremos á los demás. (Vanse.)

BUTLER. (A Questenberg.)—Si aceptáis un buen consejo,

evitad mostraros en público en estos instantes, porque vuestra llave de oro no os salvaría de algún tropiezo.

(Oyese fuera bullicio.)

WALLENSTEIN.—El consejo es bueno... Octavio, tú te encargas de la seguridad de nuestro huésped. Adiós, señor de Questenberg... (Éste intenta hablar.) Nada, nada de tan odioso asunto. Habéis cumplido vuestro deber. Sé distinguir al hombre de su cargo.

(Cuando Questenberg intenta salir con Octavio, entran Gotz, Tiefsbach y Colalto, seguidos de otros comandantes.)

GÖTZ.—¿En dónde está el que á nuestro General...

TIEFENBACH. (Al mismo tiempo.) Lo que hemos de sufrir nosotros, tú antes...

COLALTO.—¡Viviremos con él y con él moriremos!

WALLENSTEIN. (Señalando á Illo con respeto.)—El Feldmáriscal conoce perfectamente cuál es mi voluntad.